

El legado de Joan Torras Viver

XAVIER MELLONI I RIBAS s.j.

El 5 de septiembre culminó la fecunda vida del pintor Joan Torras Viver. Tenía 92 años. Además de dejar una familia firmemente arraigada en la fe, tal y como se mostró el día de su funeral en la catedral-parroquia de Sant Feliu de Llobregat, en el mismo lugar donde fue bautizado, ha dejado también una obra pictórica llena de unción y de transparencia evangélica en muchas iglesias de nuestro país. No solo fue autor de un número muy considerable de telas, sino que sobresalió en el arte de los frescos y de los vitrales.

Es difícil visitar alguna iglesia o santuario de algún punto de Cataluña donde no se encuentre su huella. Su estilo es inconfundible: sencillo, cuidadoso y profundo a la vez, de composición clásica y armónica, con un gran dominio del dibujo, que se manifiesta en la anatomía de las figuras, cosa que le permitió dar vida a muchas escenas evangélicas y actitudes humanas que no son fáciles de plasmar.

Hombre corpulento y de pocas palabras, con el pincel expresó su ternura, su fe, los valores humanos y espirituales que vivía y consiguió transmitirlo a los demás.

Provenía de una saga de artistas de Terrassa y dicen las crónicas que empezó a dibujar desde muy pequeño. Después de formarse en la escuela de bellas artes en Barcelona, tuvo la oportunidad de recorrer Europa durante dos años para conocer de primera mano las obras de los grandes pintores europeos del pasado. De aquellos años se



conservan preciosas pinturas.

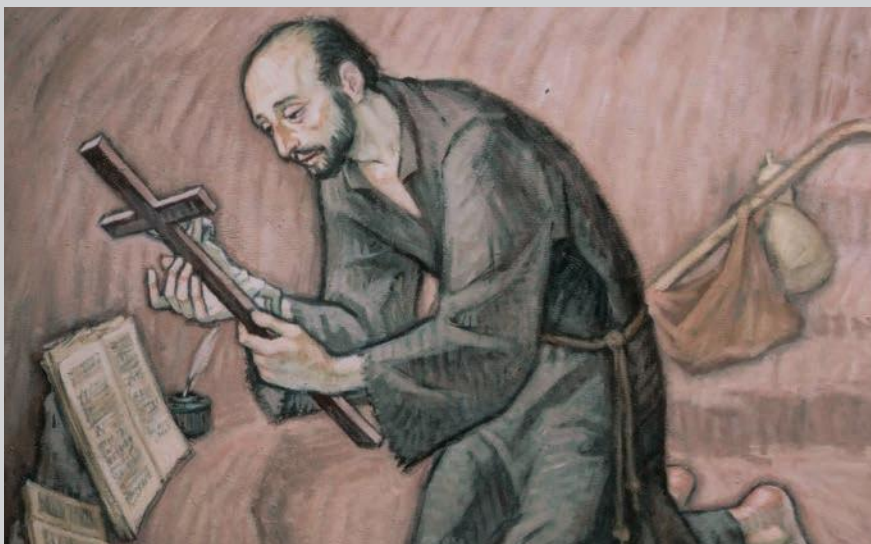
Sin embargo, en seguida se decantó por la pintura sacra. Los párrocos de nuestro país lo llamaban para recrear las paredes envejecidas de sus iglesias o para dar contenido a las nuevas. Su estilo moderno y clásico a la vez enervoriza la mirada del pueblo sencillo y serena la mirada más interrogativa o problematizada de las mentes cultivadas.

En contraposición a un cierto hie-ratismo de las primeras obras, a lo largo de los años su pintura ganó en espontaneidad, propio del maestro que va encontrando su estilo. Me remito a dos obras de plena madurez de las cuales tenemos el privilegio de gozar en la Cueva de Manresa, ambas realizadas en la primera década del 2000 y que fueron obsequiadas por el propio pintor como fruto de los diferentes Ejercicios Espirituales que había hecho con su mujer en la Cueva.

En ambas telas muestra a san Ignacio rezando. A través de ellas expresa al ser humano en actitud de oración, una con un talante más penitente y otra con el corazón totalmente entregado a Dios. Ambas transmiten el misterio de la oración y son fuente de inspiración para muchos ejercitantes. Lo consiguió no solo gracias a la maestría de su pincel, sino por la vida interior que cultivaba.

Escribo estas palabras de admiración y gratitud por su persona, por su vida y por su obra en nombre de muchos otros que podrían hacerlo con muchas otras cosas y más valiosas que las que he podido decir aquí.

Con el pincel expresó su ternura, su fe, los valores humanos y espirituales que vivía



Pintura de san Ignacio rezando, que el pintor obsequió a la Cueva de Manresa.